

Borges: postales de una biografía.

Nicolás Helft

Buenos Aires: Emecé, 2013.

Este es un libro hermosamente editado, concebido a partir de postales enviadas entre varios miembros de la familia Borges-Acevedo durante sus viajes. No sólo se reproducen postales firmadas por el miembro más famoso de esa familia, sino también las enviadas por sus padres y su hermana, Norah. Las postales constituyen el centro de interés, pero también se incluyen fragmentos manuscritos de cuentos y ensayos, notas, hasta una notificación de la Empresa Nacional de Comunicaciones, fechada en 1969, anunciándole a Borges la suspensión del servicio si no regularizaba la propiedad del teléfono. Sin embargo, el libro es algo más: una breve biografía basada en momentos que esas postales y fragmentos textuales revelan.

Nicolás Helft escribió el texto principal y proveyó todo el material gráfico, proveniente de la colección Borges de la Fundación San Telmo (que a la sazón dirigía), según declara al final del volumen. El concepto y la realización visuales pertenecen al diseñador gráfico y profesor Sergio Manela, cuyo trabajo, señala Helft, busca “crear un clima que se lee junto con la narración” (152).

El recorrido biográfico empieza, como es natural, en la infancia. Sobre ella se cuentan algunas anécdotas que, según la costumbre en las biografías de escritores, indican la genialidad temprana, la inclinación por la lectura y la facilidad en el manejo de las palabras. Se reproducen varias postales de la época, en las que tanto Georgie como Norah se dirigen mayormente a la abuela paterna, Fanny Haslam de Borges, en un inglés ocasionalmente mezclado con español: los hermanos, a esa edad, tal vez no supieran la diferencia entre una lengua y otra. Dicho recorrido termina el 14 de abril de 1971, con una de las últimas postales que Borges le envió a su madre, esta vez desde Reykjavik, en la que expresa la felicidad de encontrarse allí, en compañía de María Kodama.

En término de la narrativa sobre la vida de Borges, el libro no difiere de otros, al detenerse en episodios ya conocidos: la misión de escritor encomendada tácitamente por el padre, el encuentro (arreglado también por Jorge Guillermo) con la prostituta en Ginebra, el regreso a Buenos Aires, el diario *Crítica*, los años en la biblioteca Miguel Cané, las desdichas amorosas, la fama de conferencista, sus viajes, ya ciego, por el mundo. El aporte

a esos episodios está en los detalles que el libro enumera —sacados en parte de entrevistas personales con algunos protagonistas o en textos hasta ahora desconocidos— y en la reproducción de algún documento vinculado a ellos. A nivel de la interpretación de éstos, el libro tampoco difiere de lo acostumbrado, dependiendo en parte de la biografía de Edwin Williamson, quien, como sabemos, tiene una explicación para cada texto de Borges —incluso los más abstractos filosóficamente— basada en percances específicos de sus atormentadas relaciones amorosas y en el supuesto estado de ánimo del escritor en diferentes periodos de su vida.

Borges: postales de una biografía se estructura alrededor de un episodio central. En 1940 el escritor habría intentado suicidarse en el hotel La Delicia, de Adrogué, el mismo donde veraneaba con la familia de niño y al que solía ir, ya de adulto, para leer y escribir. (Borges siempre lo llamó Las Delicias, aclara Helft, y los biógrafos y críticos siguieron esa costumbre.) Helft reproduce un relato o poema en prosa que Borges escribió en un cuaderno de tapas negras, el mismo que contiene una versión manuscrita (¿la original?) de nada menos que “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. Aunque ya reproducido por Donald Yates en 1973, el texto vuelve a ocupar un lugar central en esta breve biografía. Se asemeja a “Borges y yo”, pues empieza: “El otro J. L. B. (el otro y verdadero Borges, el que me justifica de un modo suficiente pero secreto)...” y procede a narrar el suicidio ficticio. Comenta Helft: “Borges no llegó a suicidarse en ese hotel de Adrogué, pero el texto no parece ficción” (8).

El biógrafo considera ese momento como el de mayor infelicidad en la vida de Borges y como el de mayor creatividad. La oposición suena familiar. Es la misma que a Borges le gustaba observar sobre algunos de sus autores favoritos. A una felicidad escrita corresponde una infelicidad personal. Él mismo se encargó de reafirmar esa narrativa: “El hombre que lo ejecutó [*Historia universal de la infamia*, 1935] era asaz desdichado, pero se entretuvo escribiéndolo; ojalá algún reflejo de aquel placer alcance a los lectores”, dice en el prólogo a la edición de 1954 de ese libro, sobre el período en que trabajó para el diario *Crítica*. “They were nine years of solid unhappiness”, diría más tarde en *An Autobiographical Essay* (1970), refiriéndose a los años inmediatamente posteriores, que pasó como catalogador en la biblioteca Miguel Cané. Sobre el primer período Borges admite al menos una forma de compensación; sobre el segundo, olvida mencionar (o enfa-

tizar) que durante esos años escribió la mayoría de los relatos de *Ficciones* (1944) y parte de los de *El Aleph* (1949). Pudo haber sido infeliz por sus condiciones de trabajo o por sus relaciones amorosas, pero esa infelicidad no lo inhabilitó para escribir relatos que cambiarían la literatura en lengua española. Las biografías de Borges parecen construirse a partir de esa infelicidad fundamental, que después se resuelve mayormente por factores externos. No es casual entonces que esta biografía termine en el reverso de la crisis experimentada en Adrogué: en Reyjavik en 1971. La fama y el reconocimiento, la despreocupación con respecto al dinero y el encontrarse en Islandia con una mujer que no fue escogida por su madre es lo que, según el biógrafo, determina la dicha de ese momento.

Como libro objeto, este es uno de los más bellos que se han editado sobre Borges. Demuestra la centralidad que para él tenían las postales como forma de comunicación: de hecho, nunca le envió cartas a la madre (132). Uno esperaría, por otro lado, que la reproducción de algunos manuscritos (sobre todo las tres páginas tantalizadoras y fragmentadas de “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*”) pudieran ser de alguna utilidad para el crítico literario, pero, al integrarse como elementos del diseño más que como fuente de investigación, su lectura se dificulta.

Alfredo Alonso Estenoz
Luther College